

El griego me indicó con la cabeza que sí, y con esto me llené de júbilo.

—Ahora bien, añadí yo, espícame lo que estoy viendo: ¿qué parte de la ciudad es esta? Y le señalé la que tenía delante de mí, un poco á la derecha.

—Mesochorion, respondió él.

—Bien, te entiendo; pero ¿qué parte formaba de Lacedemonia?

—¿Lacedemonia? ¿qué?

Yo me desesperaba.

—A lo menos enseñame el río; y le repetía:—Potamos, Potamos.

El griego me enseñó el torrente llamado *rio de los Judíos*.

—¿Pues cómo? ¿y ese es el Eurotas? ¡Imposible! ¿dónde está el Vasilipotamos?

Y el cicerone hizo un gesto, y señaló con la mano á la derecha, por el lado de Amiclea; con lo que volví á caer en todas mis dudas. Yo pronunciaba el nombre de *Iri*; y al oír este nombre, mi espartano me señalaba á la izquierda al lado opuesto de Amiglea.

Era preciso, pues, convenir en que había dos ríos: uno á la derecha, llamado Vasilopotamos; otro á la izquierda, el *Iri*; y que ni uno ni otro pasaba por Misitra. Mas arriba hemos visto lo que causaba mi error, por la esplicacion que he dado de esos dos nombres.

Con que segun esto, me decia yo á mí mismo ya no sé dónde está el Eurotas; pero es seguro que no pasa por Misitra. Luego Misitra no es Esparta, á menos que el río haya cambiado de curso, y no esté distante de la ciudad; lo cual no es del todo probable. ¿Dónde está, puet, Esparta? ¡He llegado hasta aquí, y no la he podido encontrar! ¡Oh! ¡volverme sin haberla visto! Estaba ya desesperado, y me dis-

ponia á bajar del castillo, cuando el griego me dijo: “Vuestra señoría pregunta tal vez por Palæochori?” Y entonces recordé un pasaje de d’Anville, y respondí á mi vez: “¿Sí sí, Palæochori! ¡la antigua ciudad! ¿Dónde está Palæochori?”

“Allá abajó, en Magoula;” dijo cicerone, y me señaló á lo lejos en el valle una cabaña blanca circuida de algunos árboles.

Arrasáronseme de lágrimas los ojos, fijándolos en aquella miserable cabaña, único edificio que se elevaba en los abandonados muros de una de las mas célebres ciudades del mundo, y sirviendo solo para que se conociese que allí fué Esparta, habitacion ahora de un cabrero, cuyos únicos bienes eran la yerba que crece sobre los sepuleros de Agis y Leonidas.

Ya no quise ver ni oír nada; y bajé precipitadamente del castillo, sin atender á los gritos de mis guías, que querian enseñarme ruinas modernas, y contarme historias de agás, bajaes, cadís y vaivodas; pero al pasar por delante de la casa del arzobispo, hallé algunos papás á la puerta que estaban esperando al *francés*, y me convidaron á entrar de parte del arzobispo.

No pude absolutamente negarme á aquella atencion. Entré, pues, y hallé al arzobispo sentado en medio de su clero en una sala muy aseada, adornada con esteras y almohadas al modo de los turcos. Todos aquellos papás y su prelado manifestaban talento y buen humor; muchos de ellos sabian el italiano, y se esplicaban con facilidad en este idioma. Les conté lo que acababa de sucederme buscando las ruinas de Esparta; se rieron y burlaron del cicerone, y me pareció que estaban muy acostumbrados á ver extranjeros.



La Morea está, con efecto, llena de levantinos, de francos, de ragusos, de italianos, y principalmente de médicos jóvenes de Venecia y de las islas Jónicas, que vienen á acabar pronta y seguramente con los cadís y los agás. Se camina con bastante seguridad, se come bien, se goza de suma libertad, si se tiene prudencia y resolucion. Generalmente es un viaje muy fácil, en especial para quien ha vivido entre los salvajes de América. En los caminos del Peloponeso se hallan siempre algunos ingleses, y los papás me dijeron que poco antes habian estado allí oficiales y anticuarios de esta nacion, y aun existe en Misitra una casa griega llamada la *Posada inglesa*, en donde se come el roast-beef, y se bebe vino de Oporto. En cuanto á esto, deben los viajeros mucho á los ingleses, pues que han establecido buenas posadas en toda Europa, en Constantinopla, en Atenas y hasta en las puertas mismas de Esparta, á pesar de las leyes severas de Licurgo.

El arzobispo conocia al vice-cónsul de Atenas, y aun me parece que le tuvo hospedado en su casa las dos ó tres veces que Mr. Fauvel visitó á Misitra. Luego que me sirvieron el café, me enseñaron la casa arzobispal y la iglesia: está muy celebrada en nuestras geografías; nada, sin embargo, contiene de notable. El mosaico del pavimento es muy vulgar; y las pinturas, tan ponderadas por Guillet, parecen bocetos de la escuela anterior al Perusino. En cuanto á la arquitectura, nada ofrecen de particular sus cúpulas, mas ó menos rebajadas y mas ó menos numerosas. Siete son las cúpulas de esta iglesia, consagrada á San Dimitri, y no á la Virgen, como se ha dicho: desde que en la degeneracion del arte se empleó este adorno en Constantinopla, ha caracterizado todos los monumentos de la Grecia. Esta arquitectura ni tiene la valentía del estilo góti-

co, ni la hermosa proporcion de la antigua. Es bastante majestuosa cuando es inmensa; pero entonces abruma el edificio que decora, y si fuera pequeño éste, su cúpula se parecería á un solideo, sin relacion con ningun género de arquitectura, y que se eleva sobre unos entablamentos que no tienen al parecer otro objeto que el destruir el perfil armonioso del cimacio.

Ví en la biblioteca del arzobispo algunos tratados de los padres griegos, libros de controversia, y dos ó tres historiadores de la *Byzantina*, entre otros Pachymero. Muy interesante hubiera sido confrontar el texto de este manuscrito con los textos que tenemos; pero al menos no habrá pasado desapercibido por nuestros dos grandes helenistas, el abate Fourmont y d'Anse de Villoison. Es probable que dueños mucho tiempo de la Morea los venecianos, se llevaron los mas preciosos manuscritos.

Mis huéspedes me enseñaron tambien con mucha complacencia traducciones impresas de algunas obras francesas, como el *Telemaco*, *Rollin*, etc., y algunas curiosidades publicadas en Bucharest. Entre estas traducciones no me atreveria á decir que encontré tambien la de *Atala*, si Mr. Stamats no me hubiera hecho el honor de prestar á mi salvaje la lengua de Homero. Aun no estaba concluida la traduccion que yo ví en Misitra; el traductor era un griego natural de Zante, que se hallaba en Venecia cuando se publicó la *Atala* en italiano; y siguiendo esta traduccion, habia principiado la suya en griego vulgar. Oculté mi nombre, no sé si por orgullo ó por modestia; pero la mezquina ambicion de autor quedó satisfecha encontrando mi nombre entre la inmensa gloria de Lacedemonia, y fué tan completa esta satisfaccion, que el portero del arzobispo no de-



jó de aplaudir mi generosidad: y he aquí un acto de caridad, por el que despues he hecho penitencia.

Era ya de noche cuando salí de la casa arzobispal, y volviendo por la parte mas poblada de Misitra, atravesamos el bazar ó mercado, indicado en muchas inscripciones como si fuera el agora de los antiguos, creyendo siempre que Misitra es Lacedemonia. Pero este bazar es un mal mercado, semejante al de nuestras mas pequeñas aldeas. Ocupan las calles miserables tiendas de chales, de mercería y comestibles, iluminadas con lámparas de fábrica italiana. Celebrando estas lámparas, me hicieron observar á dos maniotas que vendian gibias y pólipos de mar, llamados en Nápoles *frutti di mare*. Estos pescadores, de elevada estatura, se parecian á los paisanos del Franco-Condado. Nada, sin embargo, encontré en ellos de extraordinario: no obstante, les compré un perro del Taijetes, de piel áspera y roja, hocico corto y aire salvaje:

Fulvus Lacon.

Amica vis pastoribus.

Y le puse por nombre *Argus*. "Ulises hizo lo mismo." Desgraciadamente le perdí pocos dias despues entre Argos y Corinto.

Vimos pasar tambien muchas mujeres cubiertas con sus largos velos; mas como nos apartábamos para cederles el paso, segun la costumbre oriental, que nace mas bien de celos que de fina educacion, no las pude ver la cara, ni asegurar tampoco si se puede llamar á Esparta, *la de las mujeres hermosas*, segun la espresion de Homero.

Llegué á casa de Ibrahim despues de haber andado cerca de trece horas, sin descansar mas que algunos instan-

tes. Además de que yo sufrí el hambre, el sol y la fatiga, he observado que las sensaciones vivas me sostienen aun en medio del cansancio, y me prestan nuevas fuerzas. Estoy convencido así mismo de que una voluntad inflexible todo lo sufre y lo resiste con el tiempo. He aquí por qué á pesar del pasco que habia dado, en vez de descansar, me propuse pasar la noche escribiendo mis notas, esperando ver al dia siguiente las ruinas de Esparta, y proseguir desde allí mi viaje, sin regresar á Misitra.

Me despedí de Ibrahim, y mandé á José y á mi guia que fuesen con los caballos á aguardarme en el camino de Argos, y se detuviesen en el puente del Eurotas, que habiamos pasado viniendo de Tripolizza, y me quedé solo con el genízaro para que me acompañase á las ruinas de Esparta. Si hubiera podido desprenderme de él, hubiera ido solo á Magoula, porque habia experimentado que pierden la paciencia muchas veces los que siguen á un viajero en las investigaciones que practica, que para ellos no tienen interés alguno.

Dispuesto todo de este modo, y gratificando antes bien á los esclavos del honrado Ibrahim, el dia 18, media hora antes de amanecer, ya estaba yo corriendo á galope en compañía del genízaro, ansioso de llegar á Lacedemonia.

Llevábamos ya una hora de marcha por un camino llano, que se dirigia rectamente al Sudoeste, cuando al salir la aurora distinguia algunas ruinas y una gran muralla de construccion antigua, y mi corazon comenzó á palpar de júbilo y de esperanza. El genízaro se volvió á mí, y señalando á la derecha una cabaña ó casita blanca, gritó con aire de satisfaccion: "¡Palæocnori!" Entonces me dirigí hácia la principal ruina que descubria en una altura. Dan-



do vueltas alrededor de esta altura por la parte del Noroeste, me detuve de pronto al ver un espacioso recinto abierto en semicírculo, que al instante conocí que era un teatro. No me será fácil pintar el tropel de ideas confusas que de pronto me acometieron, pues echaba de ver que la colina en que me hallaba era la de la ciudadela de Esparta, supuesto que con ella lindaba el teatro, y las ruinas que veía sobre la colina eran, por consiguiente, las ruinas del templo de Minerva-Chalcicecos, pues que estaba en la ciudadela; las ruinas y las murallas por donde había pasado yo antes, formaban parte de la tribu de los Cinosuras, porque esta tribu ocupaba el Norte de la ciudad. Esparta, pues, estaba á mi vista, y su teatro, que había tenido la dicha de descubrir á los primeros pasos, me indicaba al instante la situación de todos los barrios y monumentos. Me apeé, pues, y trepé volando á la colina de la ciudadela.

Al llegar á la cumbre ví salir al sol por detrás de los montes Menclavos. ¡Oh! ¡cuán hermoso y cuán triste espectáculo á la par se ofrecía á mis ojos! ¡El Eurotas, que corría solitario bajo el arruinado puente Babyx! ¡ruinas por do quiera! ¡ni un solo hombre allí! Inmóvil, y con una especie de estupor contemplé aquella escena. La admiración y el dolor contenían á un tiempo mis pasos y mi pensamiento: quise que á lo menos hablase el eco en aquellos sitios donde ya no se percibía la voz humana, y *comencé á gritar con toda mi fuerza: ¡Leonidas! ¡Leonidas!* Pero ninguna ruina repitió un nombre tan grande, y hasta la misma Esparta pareció haberle olvidado.

Si las ruinas que recuerdan ilustres memorias manifiestan la vanidad de las cosas humanas, preciso es convenir también en que no obstante, valen algo aquellos nombres que sobreviven á los imperios, y que ciñen de inmortalidad





XIV

los tiempos y las ciudades. No despreciemos la gloria, porque despues de la virtud no hay cosa mas grande que ella. Seria el colmo de la felicidad en esta vida reunir las dos; y á esto se dirigia la única oracion que los espartanos hacian á los dioses: *Ut pulchra bonis adderent.*

Vuelto ya en mí, comencé á observar las ruinas que me rodeaban. La cumbre de la colina formaba una llanura, circuida en especial por la parte de Noroeste, de gruesas murallas, á las que dí dos veces la vuelta, y hallé que tenían mil quinientos sesenta ó mil quinientos sesenta y seis pasos comunes, ó cerca de setecientos ochenta pasos geométricos; pero es preciso advertir que comprendo en este circuito toda la cumbre de la colina, y la curva que forma la escavacion del teatro, que es el mismo que examinó Leroy.

Varios escombros, parte enterrados, parte algo elevados sobre el suelo, indican que hácia el medio de aquella meseta estaban los cimientos del templo de Minerva-Chalcicecos,<sup>1</sup> al que inútilmente se refugió Pausanias, pues que no le salvó la vida. Una cuesta muy suave y de setenta piés de larga, conduce desde la colina á la llanura, y acaso fuera este el camino por donde subia á la ciudadela, que solo hicieron fuerte los tiranos de Lacedemonia.

Encima de las ruinas del teatro ví un pequeño edificio de forma circular, destruido en sus tres partes: dentro de él habia algunos nichos que servirian ó para estátuas ó para

<sup>1</sup> Chalcicecos, casa de bronce. Es preciso no confundir aquí ni tomar á la letra el texto de Pausanias y de Plutarco, ni imaginar que todo el templo fuese de bronce; lo que únicamente quiere decir, que este templo estaba cubierto por fuera, y acaso por dentro, de bronce. Tambien creo que ninguno confundirá ahora los dos Pausanias, que aquí cito, uno en el texto y otro en la nota.